CUENTA IMPOSIBLE

He dado de mano en el escritorio cerca de las nueve de la noche, me he puesto el abrigo y he salido á la calle con el alborozo de un pájaro que escapa de la jaula...

Al pasar frente á la tienda de comestibles, se me ocurre llevar algo á casa para ayudar á la cena, que no debe de ser gran cosa.

Mientras me despachan, entra en la tienda una joven no fea, no mal vestida, de tez blanca, de abundante cabello, de ojos claros... Su aspecto es de hallarse en cinta de pocos me-

ses y se advierte en ella, al instante, un desaliento mortal, una dejadez triste, desconsoladora... Va despeinada, sus ojos tienen apagado mirar, sus labios están pálidos, muy pálidos... sus vestidos, no viejos, presentan evidente señal de abandono, aparecen arrugados como si se acostase con ellos, á falta de lecho tal vez, en una desidia desesperante, acarreada por una devastadora y rápida miseria...

La joven repasa abstraida, entre sus manos, tres monedas de á cinco céntimos, como echando una cuenta imposible... Después ha manoseado las sardinas saladas que para el despacho hay sobre el mostrador, y escogiendo entre ellas, ha preguntado al tendero si valen dos cinco céntimos. Le han contestado que sí. Ha vuelto á echar cuentas y, manoseando otra vez las sardinas, ha replicado:

—¡Si fueran más grandes!...

Se decide al fin y toma dos de ellas, tras mucho escoger...

Luégo ha dado los cinco céntimos con lástima, como si con ello viniera abajo todo un grave y complicado plan económico...

Yo he pedido mi cuenta, que han sido noventa céntimos, y he pagado furtivamente, como si tuviese que avergonzarme de lo que es un lujo, un dispendio enorme, comparado con los pobres cinco céntimos...

La joven ha salido en la misma dirección que yo. La he visto detenerse en la puerta de

una panadería, abstraida otra vez, pasando y repasando entre los dedos las dos restantes monedas de á cinco céntimos, echando nuevamente aquella cuenta imposible!...